

La toma de Palmira

Carlos LARRINAGA
Historiador

En su avance imparable hacia el sur de Siria, en mayo de 2015 los terroristas del Estado Islámico se hicieron con “la perla del desierto”, una de las ciudades de la Antigüedad más espectaculares de Oriente Próximo. Viendo los precedentes de sus actuaciones en Hatra, Nimrud y el Museo de Antigüedades de Mosul, todo hacía pensar en lo peor. Y, de hecho, los daños durante los diez meses en que Palmira ha estado en sus manos han sido cuantiosos, aunque, afortunadamente, el grueso de las ruinas han subsistido (en torno al 80%). Éstas no sólo han servido como marco para asesinatos en masa, sino también para financiar las arcas yihadistas mediante el tráfico ilegal de piezas arqueológicas. El museo local, varios palacios y el yacimiento en su conjunto han sido saqueados para provecho de unos cuantos marchantes y ricachones sin escrúpulos dispuestos a comprar en el mercado negro obras de arte al precio que sea y sin importarles su siniestro origen. En este sentido, de nada han servido las alarmas de la UNESCO y la indignación de la comunidad científica. De ahí que la toma de Palmira por el ejército sirio tenga un significado simbólico indudable. Que casi un año después vuelva a estar otra vez bajo el control del ejecutivo es toda una garantía, a pesar de las muchas voces críticas.

Sin embargo, esta acción tiene asimismo un valor estratégico que no hay que minusvalorar. Junto a Palmira se encuentra Tadmur. Ubicada en el centro de Siria, hablamos de una urbe moderna, prácticamente destrozada por los combates, que es cabecera de una zona rica en gas. Por eso, el apoderarse de estos pozos ha de suponer un varapalo para la propia economía del Daesh, que, como se sabe, hace negocio con cuantos recursos expolia en el territorio bajo su jurisdicción. Es, por tanto, fundamental ir mermando sus fuentes de financiación, tal como sostienen todos los expertos en la materia. Pero, además, esta victoria será clave en la medida en que las tropas de Bashar al-Asad se hagan fuertes en esta localidad, puesto que entonces habrán conseguido cortar los accesos de los yihadistas hacia Homs y Damasco, dos de los escenarios bélicos más relevantes. Incluso, no debemos olvidar tampoco que Tadmur abre las puertas del norte de Siria, gracias a la carretera que va hacia al-Raqqa, la presunta capital del auto-proclamado califato de al-Bagdadi. En efecto, ése es el objetivo actual de las fuerzas gubernamentales. Aprovechándose del sostén de los brigadistas libaneses de Hezbolá y contando con el apoyo aéreo de Rusia, se impone la necesidad de seguir marchando hacia ese área con el fin de ir ganando terreno. Ya que coincide con un envite del ejército iraquí hacia Mosul, la ciudad más grande bajo dominio del EI. Concretamente, la conquista de Ramadí a finales de 2015 abrió serias esperanzas sobre un progreso rápido y, si bien no se ha logrado, lo cierto es que poco a poco las tropas de Bagdad han ido tomando posiciones, al punto de estar ya a unos 60 kilómetros.

Desde mi punto de vista, en estas mejoras en ambos frentes, el sirio y el iraquí, el papel de las milicias kurdas puede ser de gran ayuda. Situadas en territorios fronterizos con el “califato”, estrategias combinadas con las acometidas de los ejércitos regulares de Siria e Irak podrían ser de gran eficacia. Sobre todo, en colaboración con los bombardeos de las coaliciones encabezadas por Estados Unidos y Rusia, respectivamente. Se trataría de una especie de ataque total en el que se necesitaría una coordinación internacional. Muchas veces he sostenido que sólo con la aviación no se derrotaría al Daesh. Siempre he defendido las ofensivas terrestres, como las que estamos ahora presenciando. Considerando que ningún estado occidental estaba dispuesto a enviar soldados a pelear allí, conviene respaldar decididamente a quienes sí lo están haciendo. Quizás para ello fuese necesario frenar a Turquía en sus represalias contra los kurdos. Sería muy conveniente convencer a Ankara de que cesasen las hostilidades contra ellos e impulsara unas nuevas negociaciones con el PKK. Siquiera para evitar la inestabilidad política en que se haya sumido el país en los últimos meses. Indudablemente, las conversaciones de paz de Ginebra 3 pueden servir de entorno favorable. Especialmente, porque triunfos como el de Palmira sirven para fortalecer las posiciones del gabinete de al-Asad frente a los representantes de la oposición. En tanto en cuanto Damasco pueda poner

nuevos trofeos encima de la mesa, mejor. A este respecto, el auxilio de Moscú está siendo decisivo.

Con todo, lo que se ha ganado es una batalla y no la guerra. Aún queda mucho por hacer en todos los planos. Desde luego, creo que es una cuestión de prioridades, empezando por acabar en el cuanto antes con el desmantelamiento del poder del EI en suelo sirio-iraquí. Algo que debe ser compatible con unos posibles acuerdos de alto el fuego entre la opositores y los delegados del régimen que puedan desembocar en una transición política. Transición para la que se va a necesitar tiempo y dinero. Algunos, llevados por el entusiasmo, hablan ya de reconstruir los monumentos destruidos en Palmira, cuando, en verdad, hay cosas más importantes que hacer. Al contrario de lo que sucedió en Irak, ya no es posible carecer de un plan para el día después. Pero desgraciadamente me temo que éste es un tema aún demasiado verde. A la modernización institucional, se cuente o no con el propio al-Asad, hay que añadir amplias dosis de rearme moral para superar el horror vivido. Por no hablar de los asuntos puramente materiales (infraestructuras, viviendas, escuelas, industrias, etc.) para que la población pueda recuperar los estándares de vida perdidos o simplemente regresar a sus hogares. Sólo un programa de semejante índole podrá poner fin al drama de los millones de refugiados en el exterior y de los desplazados en el interior. Y, sinceramente, mientras no se solucionen estas cuestiones, las piedras de la vieja Palmira deberán esperar.

31 de marzo de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 6 de abril de 2016, p. 22, y en *El Correo*, 6 de abril de 2016, p. 34